

V. Cultura y poder

Anastasio Lovo

1. Introducción

En este ensayo intentaré destacar algunos elementos de la compleja, rica y mutuamente determinante relación dialéctica que existe entre la cultura y el poder. Aparentemente a primera vista este desafío es equiparable a intentar delimitar un área de agua salada en un vasto océano. Es pertinente destacar que la relación cultura y poder ha sido muy poco estudiada, aunque los estudios para cada uno de estos campos sean abundantes.

Para desarrollar este ensayo realizaré un esfuerzo de conceptualización de estos archiconceptos, cultura y poder, a la luz de la semiótica, en tanto análisis de los signos lingüísticos en la sociedad humana; de la economía política, en cuanto concebir la realidad cultural y la factualidad del poder como procesos productivos de significación nunca estáticos ni acabados; y de la historia, por cuanto discurso y discurrir de una sociedad y sus formas simbólicas en el heraclitano fluir.

Una vez delimitados los campos de la cultura y el poder en una conceptualización pertinente a nuestro análisis, destacaremos algunos rasgos determinantes, característicos y esenciales de su relación, pero ciñéndola a la cultura occidental. Es decir tomaré aquellos rasgos de la relación cultura y poder en occidente y que perfectamente podemos encontrar en la cultura nicaragüense.

Analizaremos lo fáctico del poder como concepción y práctica en su avatar histórico donde se revelará fundador de una cultura política nicaragüense. El poder se convierte en nuestro elemento de análisis esencial para derivar de él los complejos funcionamientos políticos con incidencia cultural en nuestra sociedad.

Luego de fundamentar nuestra hipótesis sobre el poder como productor de cultura política, lo analizaré como fuerza unipolar determinante en la matriz cultural. Es decir evidenciaré esos momentos en que la práctica del poder político se torna decisiva en una cultura y toda su producción simbólica y sus eventos históricos son determinados, influidos o negados por él.

Analizaré también la cultura de la institucionalidad política y su relación con el poder. El hecho teórico-práctico del Estado de Derecho, la legalidad, la legitimidad en su relación con el poder.

El poder como transgresor del Estado de Derecho, la legalidad y la gubernalidad a partir de su propia comprensión de legitimidad. El poder se reclama siempre a sí mismo históricamente en nuestro país como legítimo, lo que entiende como patente de corso para hacer casi cualquier cosa. Veremos la función eminentemente ideológica de la legitimidad y su capacidad de justificación del accionar del poder.

En esta práctica histórica encontraremos a partir de esta legitimidad ideológica del poder (liberalismo, conservatismo, sandinismo, social democracia), una ductilidad/maleabilidad del orden constitucional y legal para los políticos nicaragüenses que-

nes a partir de su cultura política se hacen el traje constitucional y legal a medida de sus ambiciones, intereses, expectativas.

Evidenciaré la eficacia y eficiencia del poder en una suerte de análisis de la economía política de este signo. El ejercicio del poder con las características arriba desentramadas nos obligan a reconocer, pese a los períodos de conflictos sociales y guerras, que ha generado dictaduras prolongadas que han posibilitado una aparente estabilidad pero involución económica.

Finalmente concluiremos con una reflexión sobre la imperiosa necesidad de modernizar concepción y práctica del poder, modificar las pautas de la cultura política nicaragüense, ofreceremos nuevos conceptos de poder y nuevas prácticas para los actores de la cultura política como salidas para el desarrollo y la gobernabilidad de Nicaragua.

2. Epistemología del archiconcepto Cultura

En el siglo XXI, entendemos por cultura todo lo que el ser humano produce en un proceso dialéctico, intercreativo, interactivo y retroalimentario con la naturaleza y con la misma cultura. La afirmación anterior permite caracterizar a la cultura como un proceso productivo inagotable y constante que nos impide hablar de ella como un fenómeno estático, acabado e inmutable (sin posibilidad de transformación o cambio).

Cultura es uno de los conceptos más trabajado por las ciencias sociales. Existen innumerables definiciones y su inventario excedería las dimensiones de este ensayo.

A cada segundo, el ser humano, en su relación dialéctica con la naturaleza y con la cultura, produce variaciones sobre su propia cultura que enriquecen sus distintos habitats culturales: individual, familiar, comunal, local, regional, nacional, continental, hemisférica y planetaria.

Hoy por hoy, si hacemos un corte metodológico de tipo sincrónico, aunque percibiremos diversos estadios de desarrollo en las comunidades de nuestro planeta, en relación a ellas es válido afirmar que no existe ninguna cultura *in vitro*, pura, aislada, completamente endógena y aséptica que no reciba algún tipo de influencia de otra cultura. Las culturas se comunican para fecundarse en una relación de fuerza en las cuales no son ajenos la política ni el poder.

Esta idea de cultura como proceso y no aquella de cultura como algo acabado, nos permite proponer la cuestionada "cultura nicaragüense" y la "cultura latinoamericana" como registros culturales en construcción dentro de otro proceso mayor que podemos denominar cultura occidental. Recordemos que los conceptos utilizados por nosotros, parten de un lenguaje logocéntrico al servicio de un poder. Cultura, civilización, fueron herramientas útiles en el ordenamiento mundial que el poder colonialista utilizó y que gracias a las posibilidades de crítica y de utopía de esta misma cultura, fueron erosionados, revisados, deconstruidos para proponer otros conceptos más incluyentes, justos y libertarios, si los hay.

Los intercambios culturales dan vida, consolidan o diluyen los elementos culturales pero siempre enriquecen las culturas interrelacionadas. A lo largo de la pre, la proto y la historia humana, sólo han muerto aquellas culturas cuyos seres humanos que las contenían y expresaban fueron aniquilados físicamente. En la supresión física de los seres humanos constitutivos de una cultura, obviamente ocurre la desaparición del lenguaje, el principal código desde el cual se articulan todas las expresiones culturales. Por lo que no es ocioso recordar aquí la célebre afirmación de Martin Heidegger, el lenguaje es la casa del ser.

La cultura también es acervo semiológico en sus vertientes material y espiritual porque básicamente la cultura es **significación, no significación y absurdo**. Toda cultura es un poliedro cuyas múltiples facetas interactúan dialécticamente en un equilibrio inestable de elementos. En cualesquiera cultura hay elementos que propician la transformación, la mutación, la revolución o el cambio; así como existen elementos proclives al congelamiento, a la preservación y al mantenimiento de una tradición. Esta virtud de la matriz cultural es lo que posibilita producir, analizar y sistematizar los elementos relevantes que inciden en su constitución y desarrollo. Los procesos culturales en Occidente y Oriente, hasta antes del fenómeno de la globalización económica, cibernética y audiovisual, se caracterizaban por su endogamia, por su duración o más bien por un sentido del tiempo particular y por una significación identitaria. Ahora todos estos procesos culturales se ven influenciados, sobredeterminados y en algunos casos sometidos, a los dictados de un Nuevo Modelo Económico o modelo neoliberal cuya cultura matriz originaria ha logrado producir una ciencia y una tecnología (cibernética, electrónica) que ha creado un espacio y un tiempo virtuales más reales, oportunos y necesarios que aquellos percibidos y concebidos como reales. Huelga decir que nuestro país está viviendo este proceso.

Actualmente vivimos el más complejo proceso de transculturación homogeneizante que se ha dado en la historia de nuestro planeta. Este proceso de transculturación está produciendo lo que **Néstor García Canclini** llama **Culturas Híbridas** y eventualmente producirá una nueva cultura pretendidamente dominada por veleidades totalitarias empresariales (**García Canclini 1999**)

La globalización económica, la cibernética, la electrónica, los medios de comunicación individuales y masivos/sociales se han constituido en un supercódigo con sus respectivos superespacio y un supertiempos que se perfila como una supermatriz cultural. En Nicaragua igual sufrimos este impacto y sus consecuencias apenas podemos intuirlos, reflexionarlos, imaginarlos o preverlos.

Y si analizamos el proceso cultural de producción de estos eventos, encontraremos que lo que está ocurriendo es el apogeo del proceso de síntesis característico de la cultura occidental. Nuestra cultura -como toda cultura- genera fuerzas centrífugas y fuerzas centrípetas. Estas fuerzas en un primer nivel parten de un mismo centro produciendo un movimiento de diseminación (centrífugo) y otro de concentración (centrípeto). En un segundo nivel/ o momento, se produce una mitosis de las fuerzas centrífugas que se convierten en un nuevo centro de irradiación.

La diseminación, la dispersión de las fuerzas centrífugas por su mismo movimiento y avatar han sido de difícil recuperación para el relato histórico que ha privilegiado las grandes construcciones centrípetas que se han erigido en polos de poder y por ende en relatores. No me pasa desapercibido que el mismo concepto de centro y su utilización en este análisis es una huella ideológica de nuestra cultura occidental a la que no puedo escapar. a riesgo de incomunicación. No en vano en el flujograma de la producción cultural occidental encontraremos como conceptos, práctica y utopía signos síntesis como: **Poder, Dios (monoteísmo), imperio o filosofía, ciencia y arte.**

Es posible leer -con una visión holística- el desarrollo de la cultura occidental como el desarrollo de un vasto y singular proceso de síntesis. Síntesis de síntesis: código matemático, lenguaje articulado, alfabeto, sonido e imagen. Síntesis de síntesis: tecnología militar, procesos de fusión empresarial en la lógica del desarrollo del capital y concentración de poder (en el nivel de la producción simbólica). Estoy consciente que esta visión holística-sintética no era posible sin la apertura de esta crisis total que provocan el Nuevo Orden Económico Neoliberal, la cibernética y el acceso a la información con la cultura mediática.

Las nuevas tecnologías de la información utilizadas por el Neoliberalismo están produciendo una nueva cultura masiva, interactiva y compartida por un buen porcentaje de los habitantes de la tierra o de nuestro planeta. De esta nueva cultura participan todos los que tienen acceso a los medios de comunicación social, especialmente los que usan computadoras o se apropian del espacio cibernético. Esta cultura también está produciendo la marginalidad más pavorosa nunca antes vista en la historia, en la que son recluidas millones de personas. Una cultura de seres narcotizados por el uso y abuso de los bienes de consumo (alimentos, confort y comunicación) y una cultura de seres marginales prescindibles o descartables.

Es importante que en este ensayo de datos cargados, echemos una somera mirada de mal pensado a la aparente inocencia de la tecnología, hija dilecta de la ciencia y el arte. Si recordamos eventos tecnológicos como la reproducción del fuego, la rueda, la imprenta, la radio, la fotografía, el cine y la televisión, vamos a percibir que estas tecnologías están ligadas a la dominación y al poder. Después de la revolución industrial y de la cimentación del capitalismo en Occidente, las posibilidades de investigar y crear nuevas tecnologías han estado supeditadas a la inversión de capitales, a la utilización de recursos humanos calificados y el acceso a las materias primas naturales o sintéticas. La tecnología casi siempre en un primer momento, el de su novedad, es producida y cooptada por el poder. Hablo de novedad porque la dinámica de producción tecnológica del capitalismo -realmente vertiginosa-, ligada a los hábitos de consumo creados por su cultura, marca rápidamente la obsolescencia de ellas.

Esta nueva cultura creado por el capitalismo neoliberal globalizante, ha generado una cultura dominante y una cultura marginal. La división como bien sabemos va más allá de la misma geografía. Porque marginalidad podemos encontrar en los mismos centros de poder metropolitano (Estados Unidos, Unión Europea, Japón);

así como podemos hallar el acceso a tecnologías comunicacionales o productivas (laboratorios para la producción de drogas en las selvas sudamericanas) al servicio de las élites de los marginales.

3. Epistemología del archiconcepto Poder

Igual que cultura poder también es un archiconcepto que posee una larga tradición epistemológica de reflexión sobre él. El poder es un saber y el saber es un poder. Entre los saberes sobre el poder me parecen pertinentes a este ensayo tener presente tres aproximaciones a la conceptualización y caracterización del poder: la de Marcela Lagarde, la de Michel Foucault y la de John Holloway. Advierto que el orden de las citas no obedece a la cronología sino a las necesidades metodológicas de este ensayo.

En su célebre texto, Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas, Marcela Lagarde (Lagarde, 97), coloca una nota donde a partir de los aportes de Antonio Gramsci, Michel Foucault y de su propia concepción y lucha histórica, nos entrega esta conceptualización y caracterización sobre el poder:

El poder se cristaliza en las más variadas instituciones civiles y estatales. Tal como lo ha observado Gramsci (1975), en esa dimensión, el poder es el espacio y el momento de tensión en el ejercicio de la dirección y el dominio del grupo dominante sobre el conjunto de la sociedad. Surge, sin embargo en el nivel de las relaciones sociales y se encuentra presente en la reproducción pública y privada de los sujetos sociales. Todas las relaciones implican poder, tal como lo ha señalado Foucault (1980). El poder consiste, fundamentalmente, en la posibilidad de decidir sobre la vida del otro; en la intervención con hechos que obligan, circunscriben, prohíben o impiden. Quien ejerce el poder somete e inferioriza, impone hechos, ejerce el control, se arroga el derecho al castigo y a conculcar bienes reales y simbólicos: domina. Desde esta posición enjuicia, sentencia y perdona. Al hacerlo acumula más poder. La posesión unilateral de los valores, la especialización social excluyente y la dependencia, estructuran el poder desde su origen y permiten su reproducción. En este sentido, el despliegue del poder es dialéctico y todos ejercen el poder al interactuar. Pero existen, desde luego, los poderosos: los que poseen los elementos del poder por su clase, por su género, por su riqueza económica, social o cultural, por su nacionalidad, etcétera. Todos los hechos sociales y culturales son espacios del poder: el trabajo y las demás actividades vitales, la sabiduría, el conocimiento, la sexualidad, los afectos, las cualidades, los bienes y las posesiones, reales y simbólicos, el cuerpo y la subjetividad, los sujetos mismos y sus creaciones. El poder se define como autoafirmación de los sujetos para vivir la vida; es decir, en sentido positivo no implica la opresión de otros. Este es el poder al que aspiran los oprimidos. (Lagarde, 1997).

Michel Foucault es el pensador contemporáneo que ha analizado con mayor lucidez y profundidad, amplitud semántica y soporte empírico, el fenómeno humano del poder. En la obra de Foucault el poder es una galaxia al que pertenecen los diversos

campos del hacer humano, para él no hay un sólo aspecto de este producir que se le escape al poder. Pero Foucault no escribió una Filosofía del Poder, ni una Fenomenología o Semiótica del Poder. Más bien fue encontrando sus estudios sobre las genealogías filosóficas, la metafísica, el lenguaje, la arqueología, la clínica, la locura, la sexualidad, el derecho, etcétera, como el poder tejía una red para contener a la cultura humana. Este es el aporte fundamental de Foucault que amerita un exorbitante estudio particular para realizar la sistemática que él no quiso hacer. Pero para ampliar la conceptualización y caracterización foucaultiana de **Lagarde** y en atención a lo pertinente para nuestro ensayo citamos de la *Microfísica del Poder* (Foucault 1992) estos elementos.

Es preciso asimismo demarcarse de los paramarxistas como **Marcuse** que da a la noción de represión un papel exagerado. Ya que si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un gran superego, si no se ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil. Si es fuerte, es debido a que produce efectos positivos a nivel del deseo —esto comienza a saberse— y también a nivel del saber. El poder, lejos de estorbar al saber, lo produce. (Si se ha podido constituir un saber sobre el cuerpo, es gracias al conjunto de una serie de disciplinas escolares y militares. Es a partir de un poder sobre el cuerpo como un saber fisiológico, orgánico ha sido posible.)

(...) el poder no es principalmente mantenimiento ni reproducción de las relaciones económicas sino ante todo una relación de fuerza. (...) el poder es esencialmente lo que reprime. El poder reprime la naturaleza, los instintos, a una clase, a los individuos.

(...) si el poder es realmente el despliegue de una relación de fuerza, más que analizarlo en términos de cesión, contrato, alienación, o, en términos funcionales del mantenimiento de las relaciones de producción, ¿no debería ser analizado en términos de lucha, de *enfrentamientos*, de *guerra*? Se estaría así en oposición con la primera hipótesis según la cual la mecánica del poder es esencialmente represión. Y podría formularse una segunda hipótesis: el poder es la guerra, la guerra continuada con otros medios; se invertiría así la afirmación de Clausewitz, diciendo que la política es la guerra continuada con otros medios.

(...) Se pueden así contraponer dos grandes sistemas de análisis de poder: uno sería el viejo sistema que se encuentra en los *filósofos* del siglo XVIII, que se articula en torno al poder como derecho originario que se cede, constitutivo de la soberanía, y al contrato en tanto que matriz del poder político; este poder así constituido se arriesgaría a utilizar la opresión cuando se sobrepase a sí mismo, es decir, cuando fuese más allá de los límites del contrato. Poder-contrato, con la opresión como límite, o mejor como superación del límite.

El otro sistema busca por el contrario analizar el poder político no según el esquema contrato-opresión, sino según el de guerra-represión, y en este momento la represión no es ya lo que era la opresión respecto al contrato, un abuso, sino por el contrario el simple efecto y la simple continuación de una relación de dominación.

La represión no sería más que la puesta en práctica, en el seno de esta pseudo-paz, de una relación perpetua de fuerza.

Para concluir estas farragosas y abusivas citas veremos la apertura epistemológica del concepto de poder lograda por politólogo irlandés **John Holloway** en su interesante libro **Cambiar al mundo sin tomar el poder** (Holloway 2002): El poder, en primer lugar, es simplemente eso: facultad, capacidad de hacer, la habilidad para hacer cosas. El hacer implica poder, *poder-hacer*. En este sentido, es común que utilicemos “poder” para referirnos a algo bueno: me siento poderoso, me siento bien. El pequeño tren protagonista del relato infantil que dice: “Pienso que puedo, pienso que puedo”, a medida que trata de alcanzar la cima de la montaña, tiene una creciente sensación de su propio poder. Vamos a una buena reunión política y nos marchamos con una sensación inentensificada de nuestro poder. Leemos un buen libro y nos sentimos fortalecido. El movimiento feminista ha dado a las mujeres mayor sensación de su propio poder. Poder, en este sentido, puede entenderse como “poder-para”, *poder-hacer*:

(...) Cuando el flujo social se fractura ese poder-hacer se transforma en su opuesto, en *poder-sobre*.

(...) “Poder”, entonces, es un término confuso que oculta un antagonismo (y lo hace de manera tal que refleja el poder del poderoso). Se lo utiliza en dos sentidos muy diferentes: como poder-hacer y como poder-sobre. En inglés este problema a veces se resuelve tomando términos de otros idiomas y planteando una distinción entre *potentia* (poder-hacer) y *potestas* (poder-sobre).

4. El ejercicio del poder como productor de cultura política: La fuerza de la norma

Pero un dilema parecido al del huevo o la gallina, se nos plantea ante la relación cultura y poder. La proto humanidad al fundar un orden y constituirse en sociedad humana, al fundar un código de convivencia, instaura un poder. Cuando hablamos de poder, aludimos al orden y por ende a una taxonomía. A una genealogía de las clases o de las diferencias entre los seres humanos basada en la fuerza.

El poder se encuentra en el meollo de cualesquiera cultura. Es su esencia identitaria. Es la posibilidad y la obligación del contrato social, de las reglas del juego para la convivencia en una comunidad humana donde ya se instauró la diferencia.

El poder en su manifestación unipolar y en su concreción de micropoderes o antipoderes, ligado a la existencia del lenguaje, funda la cultura humana. El lenguaje o el código comunicacional es el principal soporte del poder. De allí la pertinencia de reflexionar sobre el discurso del poder y del antipoder en cualesquiera sociedad para intentar develarlo. Toda la cultura se construyó sobre un demultiplicador como el lenguaje. El poder, de los eventos culturales, es quien ha profitado y explotado hasta la saciedad la posibilidad del lenguaje y los códigos comunicacionales. Incluso haciéndolos códigos secretos (ritos de iniciación o sacerdocio en las religiones, o poder de los escribas). De allí la invención de los

mitos, de las religiones, de los ritos, todos campos/fuentes de poder en la sociedad humana.

5. Rasgos esenciales de la relación cultura y poder. En la cultura occidental y en la sociedad nicaragüense

Una característica de la relación cultura y poder, obvia pero no menos relevante para este ensayo, es que produce un campo particular donde se encuentran, se alimentan y desarrollan: el campo de la política. En él existen seres humanos con una cultura particular, que están viviendo la realidad de una cultura global y que para que ellos a través de sus representantes accedan al poder, realizan actividades políticas. Cultura y poder concurren en la política y la política también se puede entender como la expresión individual y colectiva de una relación de fuerza entre poder y cultura.

La política, pese al cansancio que nos producen las prácticas atrabiliarias de la clase política a nivel mundial y local, no ha muerto. Entendiendo a la política como el ejercicio del poder al servicio del bien o el mal común. Lo que ha entrado en crisis son las ideologías, los partidos y la clase política o los profesionales de la política. Pero la política ha ampliado sus campos de influencias llegando en la época contemporánea a permearlo todo. Todo está politizado. Existe una conciencia más o menos generalizada sobre las relaciones humanas como relaciones de poder.

Así en nuestra época podemos ver que los nuevos conflictos sociales, sean estos de género, de ecología, de desarrollo, de consumo, de resistencia a la globalización, de minorías étnicas, de defensa de culturas particulares, poseen una clara conciencia de que estas reivindicaciones son en última instancia de índole políticas. Porque todas estas luchas apuntan sino al cambio de los que ejercen el poder al menos a una transformación de su naturaleza o a su descentralización o a su control por participación de la sociedad civil y en algunos casos excepcionales a su desaparición.

La seducción ideológica al menos en el campo de la política ha perdido su encanto. La crisis irreversible de los grandes metarrelatos, la caída estrepitosa de sus frutos totalitarios y la misma complejidad del ser humano nunca unidimensional, han provocado casi su desaparición como ideología política pura. Hasta los partidos políticos para conservar su clientela no enfatizan su naturaleza histórica ideológica. La deslíen, la ocultan, la transforman. Más que ideologías en nuestro mundo, existen corrientes ideológicas de amplia concurrencia y de gran migración.

6. El ejercicio del poder como productor de cultura política y su relación con los códigos comunicacionales

Cada cultura genera su propia concepción y práctica del poder. Su existencia y manifestación es lo único inevitable. Esto ocurre porque desde la creación de sus mitos originarios va impresa una concepción del poder o es hecha o realizada o manifestada o expresada desde una posición de poder. El poder de la creación de mitos, que generalmente está diseminado en la comunidad, apunta en uno de sus

sentidos posibles a la delimitación o instauración de un orden. El mismo proceso de formulación de un discurso implica un proceso de selección de clasificación de elementos pertinentes para un relato ordenador como son los mitos fundadores. Siempre en los ritos se alude a la presencia del poder o su pérdida. El poder de la creación es uno de los más vastos poderes.

Este proceso de la relación cultura y poder, como afirmamos más arriba, se establece a través de códigos comunicacionales, siendo el principal de ellos el lenguaje, vigente hasta la era postmoderna. En esta última la comunicación icónica ha cobrado preeminencia, y habría que analizar si el soporte sintáctico lingüístico percibida en un continuum temporal ha variado a una simultaneidad ideogramática producto de las mezclas de formas comunicacionales.

7. El poder como fuerza unipolar determinante en la matriz cultural

Una característica importante de la relación cultura y poder, es la polaridad del poder. En el devenir de la organización social se ha profundizado en la diferenciación de sus elementos. Una vez diferenciado el poder, se yergue como una fuerza unipolar determinante sobre otros campos culturales. Es decir en los nodos constituyentes de la matriz cultural, hay momentos en la historia de la cultura que el poder político, específicamente, se vuelve el elemento determinante, capaz de normar y eventualmente marcar pautas culturales como hábitos o como rechazo a la norma y al orden. Pienso en los momentos de grandes conmociones sociales como la revolución o simplemente en la ley de la vagancia de la época de Zelaya o en la legislación sobre el aborto en la actualidad.

En el caso particular de Nicaragua, básicamente por los abusos cometidos por las élites políticas cuando detentaron el poder, por el fracaso de la revolución popular sandinista, última apuesta utópica de una gran mayoría de nicaragüenses, por los grandes flujos de información en los medios sobre la evolución política en el mundo y por el desarrollo desigual de su producción material, se ha producido una escisión notoria y notable entre sectores informados de la población con voluntad de modernización y grandes sectores de la población, no me atrevo a decir desinformados, pero si evidente y objetivamente atrasados, que le apuestan a un caudillo carismático y benefactor para ellos.

8. El caudillismo como rasgo característico de la cultura política nicaragüense

El caudillismo es un rasgo característico de la cultura política nicaragüense. Según Max Weber, (Weber 2001) el caudillismo es una de las justificaciones para fundamentar la legitimidad de una dominación y se caracteriza por “la autoridad de la gracia (Carisma) personal y extraordinaria, la entrega puramente personal y la confianza, igualmente personal, en la capacidad para las revelaciones, el heroísmo u otras cualidades de caudillo que un individuo posee. Es esta autoridad “carismática” la que detentaron los Profetas o, en el terreno político, los jefes guerreros elegidos,

los gobernantes plebiscitarios, los grandes demagogos o los jefes de los partidos políticos.”

Las razones históricas, si acaso las hay, no las tengo muy clara. Pero sí es evidente que en nuestra historia política los caudillos ocupan un papel relevante: Zelaya, Chamorro, Somoza, Sandino, Ortega, Alemán. El caudillismo en Nicaragua es un hecho objetivo innegable, sobre sus causas se puede especular pero no se puede negar su existencia. En la producción del caudillo por parte de la cultura política nicaragüense puede operar desde una conciencia mágica primordial y atrabiliaria, una reproducción de la adhesión religiosa a los santos o santas o vírgenes patronas de los pueblos, una reproducción del autoritarismo colonial de Pedrarias Dávila, una pulsión homosexual generalizada para el caso de los hombres, una reproducción del sistema de producción señorial, una expectativa de satisfacción de necesidades, una desconfianza a la burocracia que implicaría una “legitimidad” basada en la legalidad.

No puedo negar cierta efectividad del caudillo en el poder. Ante una demanda individual reivindicación social, el gesto del poderoso que concede lo solicitado vulnerando el orden legal de las cosas es aparentemente económico, efectivo, mágico y satisfactorio. No hay pérdida de tiempo en papeleo y burocracias. El solicitante no se expone al tiempo moroso de un burócrata corrupto. El hombre dice *Fiat Lux* y la Luz se hace. Esta comprensión del caudillo de la satisfacción inmediata de necesidades o de la aplicación sumaria de castigos, imagino que satisface veleidades autoritarias que tenemos como nicaragüenses productos de una cultura patriarcal y del autoritarismo político nacional.

En contraparte existe como conciencia de los intereses individuales y colectivos en nuestra sociedad por parte de aquellos sectores que han tenido un mayor acceso a la educación formal y a la información. Este sector de la población no caudatario del caudillismo es un conglomerado de diversas ideologías, clases sociales, géneros y opciones sexuales, al que podemos denominar como modernizante.

No quiero dejar de observar que en el mundo y en Nicaragua, la adhesión a las ideologías políticas, que generalmente exigen pureza y lealtad (socialismo, fascismo, nazismo), se ha desplazado del terreno de la política al religioso. En el campo religioso el individuo occidental, producto de muchas síntesis, está intentando satisfacer su hambre de trascendencia y su necesidad de pureza. Es por eso que vemos la gran movilidad que existe entre los miembros de las iglesias, confesiones o sectas. La ideología pura y la necesidad del ser humano occidental, se ha desplazado hacia las creencias religiosas.

Se dice que en América Latina las iglesias evangélicas pentecostales están aumentando su membresía en detrimento de la Iglesia Católica y que en Estados Unidos estaba ocurriendo lo contrario antes de la puesta en evidencia de las prácticas paidofílicas de sacerdotes y obispos católicos.

Esta competencia en el campo religioso, evidentemente es una lucha por el poder simbólico (ideológico) y en tanto lucha por el poder es de carácter político. Pero igual podríamos afirmar de otros conflictos o luchas sociales cuyos caracteres son

eminentemente políticos. Si antaño hubo políticas totalitarias hoy asistimos a una totalización de la política en la sociedad. ¿Hasta qué punto pierde su pertinencia al permear todos los campos? Es algo que no estoy en capacidad de responder ahora.

9. Los medios de comunicación social como escenario de la política

Estos fenómenos sociales evidentemente tienen su concreción en un espacio y tiempo reales, pero, como nunca antes había ocurrido en la historia de la humanidad, su principal escenario son los medios de comunicación social. Estos se han convertido en el más formidable factor de poder y han generado un poder particular sobre el que discurre o se vehiculiza la producción simbólica del poder. Por muy poderosos que sea el poder político (valga la redundancia) si no participa de la cobertura, ya no digamos del consenso mediático, puede verse en graves problemas de aceptación y legitimidad.

La utilización de los medios de comunicación social por parte del poder político, económico y militar es algo con lo que a diario nos confrontamos. Evidencias de esto son los conflictos bélicos recientes vividos entre los Estados Unidos y algunos países europeos (Gran Bretaña y España) contra Irak. Donde lo que se dio fue un estricto control de la información sobre los acontecimientos que ocurrían en Irak. Los medios fueron voceros, CNN por un lado y Al Jazeera por el otro, oficiosamente daban a conocer la información oficial de las partes en guerra. Algunos medios como las grandes cadenas mexicana, Televisa y TV Azteca, jugaron un papel más independiente y a través de ellos pudimos lograr una visión más real del conflicto y de sus reales dimensiones. Por lo menos en lo referido al pavoroso costo humano de esa guerra. Había pues otra guerra, la de la información que se libraba en los medios.

Los medios son el principal escenario de la política. Esto también es evidente cuando toda contienda electoral, en regímenes democráticos de países desarrollados o no, buena parte se libra y se gana en los medios de comunicación social. Existe un mercadeo de la política y sus candidatos, así como existen políticas de mercado en la distribución de bienes y servicios. Es de notar que las carreras políticas en nuestros días empiezan con una presencia continua en los medios de comunicación, pero además algunos propietarios de cadenas de medios de comunicación o actores famosos han incursionado exitosamente en la política (para actores caso Reagan en Estados Unidos, para propietarios caso Berlusconi en Italia). El poder mundial utiliza diariamente a los medios de comunicación social para confrontar y consensuar a la sociedad humana.

10. La cultura de la institucionalidad política

El poder en su relación con la cultura es fundador e instaurador de un orden, de un contrato social o de las reglas de juego de convivencia entre una sociedad.. Como afirma Marcela Lagarde: **El poder está en el centro de la definición de la norma, de los positivo y de la razón. (Lagarde 1997)**. El Estado de Derecho, el orden consti-

tucional y jurídico que lo soportan son resultados de acciones y voluntades del poder político, como producto de sus ejercicios de saber, dominio, represión, imposición, confrontación, explotación y consenso.

El poder al decir de Foucault se caracteriza por el ejercicio de la represión. Represión que se ejerce sobre el cuerpo individual y sobre el cuerpo colectivo, comunitario o social. Marca el cuerpo individual y le confiere unos límites expresados como derechos y obligaciones. Pero el poder ejercido sobre el individuo es dirigido por otro individuo. Al final la norma o la ley son cumplidas y hechas cumplir por individuos. De allí la pertinencia de la afirmación de Foucault sobre el individuo como efecto de poder. Cito: En la práctica, lo que hace que un cuerpo, unos gestos, unos discursos, unos deseos sean identificados y constituidos como individuos, es en sí uno de los primeros efectos del poder. El individuo no es el *vis a vis* del poder. El individuo es un efecto del poder, y al mismo tiempo, o justamente en la medida en que es un efecto, el elemento de conexión. El poder circula a través del individuo que ha constituido. (Foucault 1992) **Microfísica p.144 pá.3**

He situado estos elementos, la norma y el individuo, producidos por el poder totalmente en el caso de la norma y parcialmente en el del individuo, para caracterizar suscitadamente la cultura de la institucionalidad política en Nicaragua. Una mirada sobre nuestra historia va a corroborar lo afirmado por nuestro filósofo Alejandro Serrano Caldera, nuestra política se mueve en una constante cíclica que va del pacto al facto. En este ciclo de las prácticas de nuestra clase política hemos tenido un sin número de constituciones productos de golpes, cuartelazos, lomazos y revoluciones o simplemente de pactos entre caudillos.

Esto nos evidencia la fragilidad de una legalidad (constitucional y jurídica) determinada por la voluntad de quien ejerce el poder político. En Nicaragua éste es un claro caso de sobredeterminación por parte del poder político sobre otros elementos culturales como el orden constitucional y jurídico.

El autoritarismo y la voluntad de perpetuarse en el poder que han encarnado los caudillos nicaragüenses, los ha convertido como los principales transgresores del Estado de Derecho, la legalidad y la gobernabilidad en Nicaragua. El poder aparece como el principal transgresor del orden, al considerar a la Constitución Política de Nicaragua, no como una Carta Magna, sino como un texto adaptable a su voluntad de perpetuación.

Desde la lógica del poder autoritario, caudillesco y siempre con voluntad de perpetuación, lo que yo llamo la economía política del signo poder más eficiente y eficaz ha sido la de reformar la Constitución. Eso que en chiste llamamos la Constitución o el traje a la medida del poder en Nicaragua.

Esta inestabilidad constitucional, de permanentes y recurrentes crisis políticas, han afectado la gobernabilidad y con ello las posibilidades del desarrollo económico. La voluntad de un caudillo autoritario ha enajenado las aspiraciones democráticas y de desarrollo de la sociedad nicaragüense.

Estos abusos permanentes del poder político nicaragüense lo perfilan y lo caracterizan a la luz de la ciencia política contemporánea como un poder siempre ilegítimo.

Sea cual fuere la vía de acceso al poder: por voto, por facto (golpe o revolución) o por pacto, la voluntad de perpetuación en el poder y la negación del libre juego de la democracia burguesa, va deslegitimando al poder. Esta manera de hacer política privilegia la dominación, la hegemonía y la confrontación frente al consenso y la opinión válida de las minorías en la oposición.

Otra característica de las fuerzas políticas que en Nicaragua trafican con el poder es la primacía de sus intereses por sobre una visión de nación ausente en ellas. Los intereses cupulares siempre ven al Estado como un botín a repartirse en pingues cuotas de poder. por eso cuando una camarilla accede al gobierno, aun perteneciendo a un partido político, no es el partido quien accede, sino una familia y sus adláteres más fieles, con el claro objetivo de enriquecerse y perpetuarse.

La inestabilidad política, la crisis de gobernabilidad provocada por los caudillos de turno, la manera de hacer política prácticamente convierten a Nicaragua en una sociedad sin contrato social, al menos con un contrato que se respete.

11. Una modernización necesaria y urgente: Nuevos conceptos de poder y nuevas prácticas para la cultura política y sus actantes en Nicaragua

El panorama de las realidades del poder, la política y la cultura política en Nicaragua, es bastante abrumador. El sector modernizante ha ganado importantes espacios en los escenarios de la política (medios de comunicación), pero no han sido capaces de generar alternativas políticas viables. En la ciudadanía nicaragüense han crecido los niveles de desencanto con la clase política profesional y han aumentado sus niveles de información sobre el acontecer político mundial. Las fuerzas retardatarias encabezadas por los caudillos de turno están viviendo sus últimos períodos de ejercicio del poder porque estas formas de práctica política no son compatibles con el desarrollo de la democracia occidental, obstaculizan el desarrollo y posiblemente, por el problema de la corrupción, tiende a convertirse en un asunto de seguridad nacional para los Estados Unidos.

Si bien el proceso de modernización de la clase política nicaragüense es inevitable a riesgo de aislarse del mundo occidental, es importante lograr en este proceso algunos bases sobre las cuales construir una nueva cultura política: consensuar un proyecto de nación, consensuar una política de estado, consensuar y legislar sobre la práctica del gobierno.

Elementos a considerar en este proceso de modernización para un amplio sector de la ciudadanía serían los siguientes:

1. No reelección de los Presidentes de la República.
2. El ejercicio de solamente durante un período de cualquier miembro de los poderes del Estado.
3. Abrir los cauces a la participación de organizaciones de suscripción popular,
4. Creación de la carrera civil.
5. Total transparencia en la gestión estatal, crear mecanismos de control por parte de la ciudadanía sobre el Estado.

6. Crear mecanismos de revocación por incumplimiento de promesas de las autoridades electas o elegidas.
7. Prohibir el nepotismo.

Bibliografía

1. Alvarez Montalván, Emilio. 2000. *Cultura Política Nicaragüense*, Hispamer, 2da edición, Managua.
2. Baudrillard, Jean. 1979. *Crítica de la economía política del signo*, 3era edición, Siglo XXI, México D.F.
3. Bourdieu, Pierre. 1990. *Sociología y Cultura*, Editorial Grijalbo, 1era. edición, México D.F.
4. Foucault, Michel. 1992. *Microfísica del Poder*, Las Ediciones de La Piqueta, Ediciones Endimión, Madrid.
5. García Canclini, Néstor. 1989. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Editorial Grijalbo-Conaculta, 1era. edición, México D.F.
6. Holloway, John. 2002. *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Colección Herramienta-Universidad Autónoma de Puebla, Buenos Aires.
7. Lagarde, Marcela. 1997. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Colección Posgrado, UNAM, México D.F.
8. Weber, Max. 2001. *El político y el científico*, 5ta. edición, Colofón S.A., México D.F.